

Luchar y Amar

Pedro: la roca

Anselm Grün



Pedro: la roca

Pedro es visto por todos los evangelistas como el apóstol que desempeña una función directiva en el grupo de los discípulos. Pero es presentado a la vez como un hombre con fallos y debilidades. Jesús le da el nombre de Roca. La roca habla de firmeza e inmutabilidad. La Biblia designa como roca a Dios, que nos protege. En la roca puede uno apoyarse. La roca proporciona una situación de seguridad. Pero Pedro, la roca, deja más bien una impresión de versatilidad. Es cobarde y huye. Simón tiene que recorrer un largo camino de maduración hasta que llega a ser roca para los demás. De muchos hombres decimos que son como una roca en el oleaje. Admiramos a esos hombres. La historia de Simón Pedro nos muestra que también nosotros, con nuestras cobardías y debilidades, podemos lograr el objetivo de ser roca para los demás si emprendemos el camino de la conversión, ese camino que los Evangelios nos- trazan al hablar de Simón.

En el Evangelio más antiguo-, Jesús llama en primer lugar a Simón y a su hermano Andrés. Ambos pertenecen a la clase más pobre de pescadores. No poseen ninguna barca; sólo una red. Santiago y su hermano Juan, por el contrario, ocupan un lugar más elevado en el entramado social. Son también pescadores, pero ellos explotan una flota pesquera con barcas (Mc 1,16-20). Lucas difumina las diferencias sociales. Pedro pertenece para él a la clase media. Inmediatamente después de su llamada, pasa a ocupar el puesto central. Cuando los discípulos, siguiendo la orden de Jesús, logran capturar una abundante pesca, Pedro cae a los pies de Jesús diciendo: «Señor, apártate de mí, que soy un pecador» (Lc 5,8). En el encuentro con Jesús, Pedro reconoce su propia realidad y tiene que confesar que es un pecador. No pertenece al grupo de piadosos que siguen a Jesús, al grupo que se encuentra sobre un camino espiritual. Pecador designa en griego a un hombre que ha perdido el rumbo, que lleva una vida desordenada.

Más tarde aparece Pedro como portavoz del grupo, por ejemplo en la transfiguración de Jesús (Lc 9,33). Pedro es, por una parte, impulsivo. Tan pronto como Jesús hace una pregunta, Pedro responde al instante de forma espontánea. El lugar más conocido es la escena en que Jesús pregunta a los discípulos por la opinión que tiene la gente sobre el Hijo del hombre. Inmediatamente sale de la boca de Pedro: «Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo» (Mt 16,16). Jesús le alaba por esa respuesta: «Bienaventurado tú, Simón, hijo de Juan, porque no te lo ha revelado la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo: Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder del abismo no prevalecerán contra ella» (Mt 16,17-18). Pedro se convierte en roca para la Iglesia por reconocer el misterio de Jesús y por confesarle como el Mesías y el Hijo del Dios vivo. Los hombres que se mantienen firmes en la fe son roca para los demás. Los indecisos pueden apoyarse siempre en ellos.

Pero Pedro no hace justicia al papel de roca que Jesús le ha confiado. Cuando Jesús habla de la pasión y de la muerte violenta que le aguarda en Jerusalén, Pedro le toma aparte y le disuade: «Dios no lo quiera, Señor; no te ocurrirá eso» (Mt 16,22). La pasión de Jesús resulta irreconciliable con su imagen de Dios y con su imagen del Mesías. Pedro desearía encajar a Jesús en su imagen de Mesías triunfante. Piensa que Dios debería preservarle del sufrimiento. No en vano es su Hijo. Pero Jesús le replicaron fuerza: «¡Ponte detrás de mí,

Luchar y Amar

Pedro: la roca

Anselm Grün



Satanás! Tú eres para mí un obstáculo, porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres» (Mt 16,23). Es una reprimenda dura la que Pedro tiene que dejar caer sobre él. Jesús le asegura que no tiene en su cabeza otra cosa que sus propias ideas, siendo incapaz de comprender lo que es la voluntad de Dios. Le reprocha igualmente que, lejos de ser la roca sobre la que él pueda descansar, es una piedra de tropiezo con la que se encuentra en su camino. Pedro, que debe desempeñar en la comunidad de Jesús una tarea de dirección, se muestra incapacitado para comprender el sentido de la pasión de Jesús.

Finalmente, Pedro hace un papel indecoroso a lo largo de la pasión de Jesús en todos los Evangelios. Cuando Jesús dice a los discípulos en la noche de su pasión que todos se han de escandalizar por su causa, Pedro responde muy seguro de sí: «Aunque todos fallen por tu causa, yo no fallaré» (Mt 26,33). Jesús le anuncia proféticamente que por tres veces le ha de negar en esa noche. Pedro lo descarta y subraya con gran seguridad y fuerte patetismo: «Aunque tenga que morir contigo, yo no te negaré» (Mt 26,35). Pero pocas horas más tarde Pedro se acobarda ante una simple criada. Parece inocua la situación en la que la criada le dirige la palabra y le delata como uno de los que estaban con Jesús. Si los sumos sacerdotes hubieran querido que también se arrestara a los discípulos de Jesús, lo habrían hecho ya en el momento de arrestar a Jesús. Pero ellos querían solo a Jesús, no a sus discípulos. Pedro toma la observación inofensiva de la criada como motivo para negar a Jesús: «No sé de qué me hablas» (Mt 26,70). Su negación es más fuerte la segunda vez: «Yo no conozco a ese hombre» (26,72). El, que por tres años ha ido recorriendo con Jesús el país, niega conocerlo. La tercera vez, Pedro comienza incluso a echar imprecaciones y a jurar que no conocía en absoluto a aquel hombre. El miedo y la cobardía quedan bien patentes en estas palabras de Pedro. Quisiera que le dejaran en paz. No puede concentrarse. Pedro no niega sólo a Jesús. Se niega también a sí mismo. Quiere calentarse en el fuego de sus adversarios. Desea estar caliente y sentirse bien en medio de la noche fría. El calor de hombres extraños es para él más importante que la amistad con Jesús, de quien estaba tan fascinado. Cuando el gallo canta, se da cuenta de lo que ha hecho. «Y saliendo fuera, lloró amargamente» (Mt 26,75). Johann Sebastián Bach ha dado un tono conmovedor a estas palabras. Para el solista que las canta es siempre un reto expresar adecuadamente el dolor de Pedro. Juan presenta a Pedro a su manera. Cuando, después del discurso sobre el pan, abandonan muchos discípulos al Maestro, Jesús pregunta a los doce: «¿También vosotros queréis dejarme?». Simón Pedro le responde: «Señor, ¿a quién iríamos? Tus palabras dan la vida eterna. Nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios» (Jn 6,68-69). También aquí es Pedro el portavoz del grupo. Está a favor de Jesús. Junto a Jesús es como ha llegado a la fe. Sus ojos se le han abierto. Puede percibir que en ese Jesús se manifiesta el mismo Dios y que sus palabras conducen realmente a la vida. En las palabras de Jesús, Pedro ha experimentado la vida. Cuando Jesús hablaba, él se sentía lleno de vitalidad. Por eso habla como portavoz de los demás apóstoles. Pero también en el Evangelio de Juan traiciona Pedro a Jesús en el transcurso de la pasión. Después de la muerte de Jesús, Juan describe algunas escenas en las que Pedro juega un papel importante, siempre desde luego en conjunción con el discípulo al que Jesús amaba. Los exegetas piensan que Juan quería mostrar así la vinculación de su comunidad, que se retrotrae al discípulo amado, con la gran Iglesia, en la que Pedro gozaba de un relieve singular. A mí me interesa más la caracterización de Pedro.

Cuando María de Magdala descubre la tumba vacía y lleva la noticia a los discípulos, Pedro y el discípulo amado echan a correr. El discípulo amado es más rápido que Pedro, pero

Luchar y Amar



Pedro: la roca

Anselm Grün

respetar su primacía. Pedro entra en el sepulcro y observa los hechos: «Comprobó que las vendas de lino estaban allí. Estaba también el paño que habían colocado sobre la cabeza de Jesús, pero no con las vendas, sino doblado y colocado aparte» (Jn 20,7).

Pedro constata lo que ve, pero no comprende su sentido. Del discípulo amado se dice, sin embargo, que «vio y creyó» (Jn 20,8). Pedro es aquí el hombre sobrio, que se limita a constatar los hechos, sin pretender interpretarlos. Es también el hombre impulsivo y a la vez torpe. El discípulo amado es más rápido que él.

Esto se hace igualmente perceptible en el encuentro del Resucitado con los discípulos junto al lago de Tiberíades. Pedro es de nuevo aquí el portavoz. Dice a los demás discípulos: «Me voy a pescar». Ellos le responden: «Nos vamos contigo» (Jn 21,3). Pedro es el hombre activo. Toma decisiones en la vida. Pero los discípulos no pescan nada aquella noche. Cuando Pedro actúa contando sólo con sus propias fuerzas, su trabajo es un fracaso total. Cuando los discípulos, a la orden del hombre de la orilla, se adentran una vez más en el lago y se llena de peces la red, el discípulo amado hace enseguida esta observación: «¡Es el Señor!» (Jn 21,7). Reconoce en aquel hombre extraño de la orilla al Resucitado. La reacción de Pedro responde a su temperamento impulsivo: «Al oír Simón Pedro que era el Señor, se ciñó un vestido, pues estaba desnudo, y se lanzó-al agua» (Jn 21,7). No parece tener mucho sentido ponerse un vestido para lanzarse al lago. Pero es evidente que Pedro no se atreve a presentarse desnudo ante Jesús. Prefiere llegar a él con una vestimenta empapada. Todavía no puede afrontar abiertamente su verdad, su traición. Con la vestimenta empapada expresa, sin embargo, que algo ha cambiado en él, que en la pasión de Jesús se ha visto sumergido en el baño de la purificación. Y la vestimenta mojada apunta a que la autosuficiencia de Pedro ha quedado ablandada. Jesús recibe a Pedro tal como está y tiene con él y con los otros discípulos una comida a la brasa, impregnada de una atmósfera singular: «A ninguno se le ocurrió preguntar: ¿Quién eres tú? Pues sabían muy bien que era el Señor» (Jn 21,12).

Después de la comida, Jesús pregunta por tres veces a Pedro: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que estos?». Por tres veces declara Pedro su amor: «Sí, Señor, tú sabes que te amo». Pero la tercera vez, «Pedro se entristeció, porque Jesús le había preguntado por tercera vez si le amaba, y le respondió: Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo» (Jn 21,15-17). La pregunta tres veces repetida de Jesús a Pedro recuerda claramente su triple negación. Pedro reconoce ahora que no puede confesar su amor confiando sólo en sí mismo. Por eso muestra a Jesús toda su verdad: «Señor, tú lo sabes todo. Tú sabes que fui cobarde, que te traicioné sólo por calentarme en el fuego de mis adversarios. No quiero justificarme. No hay nada que disimular. Así era yo. Yo te traicioné. Pero, a pesar de todo, tú sabes que te amo, que en el fondo de mi alma, mucho más al fondo que la cobardía -que con tanta frecuencia invade mi corazón- se esconde el amor por ti. Y yo quisiera vivir totalmente de este amor». Pedro tiene que afrontar su verdad. Permite que Jesús escudriñe profundamente su corazón. Le duele que en su corazón haya cobardía y traición. Pero cuando Pedro. expone a Jesús toda su verdad es cuando deja de menospreciarse. No se inculpa, pero tampoco se exculpa. No se achica, pero tampoco se envalentona, como lo había hecho en el pasado. Ahora él es lo que es: cobarde, pero también lleno de amor; miedoso, pero también lleno de confianza. Ha traicionado a Jesús, pero desea serle fiel en adelante. Esa fidelidad no la puede ya jurar. Sabe que es débil, que en su corazón se esconden impulsos egoístas, que ha confundido su amistad hacia Jesús con su propio afán de grandeza. Pero él confía en que Jesús ve más allá, en que él ve, detrás de la cobardía, el corazón que ansia amor y fidelidad, un corazón que está apegado al Maestro

Luchar y Amar



Pedro: la roca

Anselm Grün

con verdadero amor. De ese amor, Pedro no puede ya alardear. Pero confiesa con su respuesta que, a pesar de la traición, hay en él algo de auténtico, que en el fondo de su corazón se esconde un amor verdadero y limpio. A impulsos de este amor es como en adelante quiere vivir. Y Jesús le confía su comunidad: «Apacienta mis ovejas» (Jn 21,17).

Pedro es la roca sobre la que Jesús construye su Iglesia. La roca parece quebradiza. Pero en este mensaje hay algo consolador para nosotros. Si nosotros reconocemos, como Pedro, la verdadera identidad de Jesús, nos convertiremos igualmente en roca para los demás. En medio de nuestras debilidades, con nuestras cobardías y traiciones, hemos de ser roca para los demás. Sobre una roca uno puede erguirse. Se tiene base firme sobre los pies. Muchos hombres ofrecen una base así. Junto a ellos conseguimos valor para enfrentarnos a nosotros mismos. A su lado encontramos seguridad, y nada es capaz de hacernos fácilmente zozobrar. En una roca uno se puede también apoyar. Se trata de algo que todos necesitamos. Las mujeres necesitan hombres en quienes puedan apoyarse. Y frecuentemente se quejan de que sus maridos no les proporcionan ese apoyo, que no les pueden considerar como roca, sino como algo endeble, que siempre cede. Una roca protege además del temporal. A su sombra, uno se siente seguro.

Mi padre fue para mí una roca de la que me podía fiar. Apenas tuve oportunidad de auparme sobre él físicamente. Pero, con su serenidad, fue para mí como una roca en medio de las olas. No era fácil que se alterara por nada. Cuando algo nos preocupaba a nosotros, él lo relativizaba. Tenía capacidad de resistencia e ideas claras. Su solidez le permitía también asentir o disentir, sin aferrarse a su opinión. En las discusiones, dejaba clara su postura. Pero podía admitir también la nuestra. Actuaba con seguridad. La roca está sencillamente ahí. No tiene necesidad de afianzarse constantemente. Desde esta firmeza ofrece a la vez sosiego y tranquilidad. La experiencia de mi padre me ha enseñado a no asumir nunca sin más las propuestas teológicas más deslumbrantes. Quien tiene solidez no necesita muchas razones para justificar su vida. Está en pie, porque está en pie. Es lo que es.

Más tarde fueron los hermanos religiosos mayores quienes dejaron su impronta en mi vida juvenil dentro del convento. Cuando ellos murieron, los eché en falta. Descubrí que tenía que seguir sus huellas por mí mismo. Aunque, a mis 58 años, necesito todavía apoyarme en hombres mayores, cargados de sabiduría, siento a la vez el reto de sostenerme por mí mismo y de convertirme en roca para los demás. De todos modos, yo no puedo proponerme como roca. Será siempre un milagro de Dios el que, en determinadas situaciones, yo pueda ser roca para otros. También aquí vale: No debo identificarme con la imagen arquetípica de la roca. En tal caso, me enaltecería y pasaría a ser una roca oscilante, que transmite sólo un apoyo ficticio. Sólo si, como Pedro, asumo mis propias debilidades y mis sombras y las presento humildemente ante Dios, podré, si Dios lo quiere, ser roca que ofrezca seguridad a otros.

Junto a una roca podemos experimentar protección. Cuando sobreviene un temporal, uno se cobija en la montaña junto a una roca que le resguarde de la lluvia, del viento y del desprendimiento de piedras. En otras ocasiones, cuando el sol abrasa, la roca arroja sombra. Esta es también una imagen arquetípica para nosotros. Cada cual puede llegar a ser roca para los demás, consiguiendo encontrar a su lado descanso para reponerse, sintiendo protección, amparo y seguridad. Uno no puede hacerse a sí mismo roca. Tras la experiencia de su traición, Pedro renunció sin duda al más mínimo deseo de presumir ante los demás apóstoles y de presentarse como roca. Hubo de experimentar agradecido que precisamente él, que había

Luchar y Amar

Pedro: la roca

Anselm Grün



traicionado a Jesús de manera tan cobarde, debía ser roca sobre la cual encontrarían los demás una base firme, sobre la cual se podrían apoyar y bajo cuya protección podrían sentirse amparados por el mismo Dios, la verdadera roca.

¿Cómo aprendo yo a ser hombre en la figura de Pedro? Para mí es importante, en el encuentro con Pedro, el hecho de que tampoco yo tengo que ser perfecto. No se trata aquí de impecabilidad, sino de la disponibilidad para emprender el camino que Dios me ha señalado con todo mi apasionamiento, pero también con mis cobardías y mis miedos. Los Evangelios no ponen ante mis ojos a un Pedro aburrido, sino a un Pedro impulsivo, que salta en cuanto se le pregunta y en cuanto él ve cuestionada su entrega. Pedro prefiere quemarse los dedos a actuar con cautela, cavilando el modo de salir del apuro sin despeinarse siquiera. Desvela su corazón, sus sentimientos, aun cuando no estén en consonancia con la perspectiva de Jesús. Aprende en la confrontación. En todos los altibajos de su vida, sale a mi encuentro un hombre que no se esconde. Su corazón deja traslucir todo lo que él hace. Este corazón conoce todos los sentimientos más recónditos que también yo experimento dentro de mí: anhelo, amor, y a la vez cobardía, miedo, desconfianza, traición. Llegaré a ser hombre no si me escondo, sino cuando me presente tal como soy, aun con el peligro de verme criticado, aun a riesgo de tener que confesar públicamente una falta ante la cual todos los moralistas queden indignados. Pedro asume el riesgo de ser herido. Pero lucha por lo que siente. Y esto es para mí un aspecto esencial de la masculinidad: mostrarse, en lugar de esconderse; quemarse los dedos, en lugar de retirar la mano; abrir el corazón, en lugar de cerrarlo para salir ileso. El hombre que esquiva la vida será siempre una caricatura de hombre. Quizá consiga tener prestigio y triunfar. Pero nunca llegará a ser un hombre de verdad.